

XI

La recién llegada frisaba con los veinticinco, si bien parecía tener treinta: alta, delgada, rubia, con la cara sembrada de barros, y todavía más desgraciada en lo moral que en lo físico, era uno de esos tipos que inspiran una repulsión instintiva, con quienes, sin embargo, nos encontramos en todas partes y de quienes no podemos desembarazarnos una vez les hemos encontrado. Desheredada de todos los atractivos de la juventud y de todas las gracias femeniles, la envidia era el único móvil de sus acciones, la nota saliente de sus conversaciones; era aficionada al lujo y á la ostentación; pero, aunque relacionada con las familias más aristocráticas, la mediocridad de su caudal no le permitía en este punto dar rienda á sus inclinaciones. Por lo demás, siempre hostil, pero también siempre á cubierto de todo ataque, se refugiaba en la impunidad por medio de la observancia rigurosa de los usos de la sociedad en que vivía. Como nunca había estado expuesta á sucumbir á una seducción, era cruel para quien quiera se atrevía á salvar las barreras levantadas en interés de las costumbres sociales, y aunque fingía el mayor desprecio hacia la riqueza y la hermosura, las dos cosas que ella envidiaba más en el mundo, era menester, ante todo, que uno poseyese títulos de nobleza reconocidos por Hozier ó por Cherin para que le creyese digno de su fatal intimidad. Por lo demás, el instinto guiaba admirablemente á la de Neuilly, y le hacía poner con pasmoso tino el dedo en todas las llagas. En una palabra, era uno de esos seres cuyo contacto es siempre doloroso.

Su llegada á Fontenay, en las circunstancias en que la familia Barthele se encontraba, se convertía en una calamidad. Sin embargo, era preciso poner buen semblante y no dejar que para nada se transparentase lo embarazoso de la situación; pero por mucha que fuese

la experiencia de la viuda en el arte un tanto engañoso de recibir á sus visitas, y aunque con gesto el más risueño se encaminó al encuentro de la visitadora, ésta advirtió inmediatamente en su semblante una contrariedad mal disimulada; porque siempre prevenida desfavorablemente contra todos para que nunca la cogiesen desapercibida, adivinaba con singular perspicacia los más recónditos pensamientos; eso sobre que poseía el particular dón, cuando se le ofrecían dos suposiciones verosímiles, de afirmarse en la única verdadera.

—¡Ah! mi querida prima, dijo la de Neuilly después de besar á la baronesa, llego en mala ocasión, lo conozco. Estoy segura de que mi presencia les contraría á ustedes. Venía á pedirles que me diesen de almorzar; pero si estoy de más, despídanme ustedes.

—Nunca está V. de más, y sobre todo aquí, ya lo sabe V., contestó la señora de Barthele. No modifique usted, pues, para nada sus proyectos; quédese V., se lo ruego.

Al entrar en el salón, la de Neuilly había abarcado con la mirada á cuantos en él se encontraban, y lo que más la incitó á quedarse fué lo en que se apoyó para fingir que quería marcharse.

—Sí, sí, me vuelvo, dijo; veo tiene V. de visita á los señores de Rieulle y de Vaux. Crei que estaba V. sola, sobre todo atendido lo que de ustedes se cuenta en París.

—¡Cómo! amiga mía, repuso con viveza la señora de Barthele; ¿y qué dicen? cuéntemelo V. en seguida.

El modo cómo la baronesa hizo esta pregunta hubiera bastado para hacer comprender á la de Neuilly que efectivamente ocurría algo extraordinario en Fontenay; así es que ésta, decidida á profundizar una situación que se le presentaba con todo el atractivo del misterio, dijo:

—¿Y tan preocupado está el señor conde de Montgiron que ni siquiera repara en mí? Resueltamente, baronesa, llego en mala ocasión...

Y la de Neuilly, al pronunciar estas palabras, saludó con la cabeza á los tres hombres que formaban un grupo, y se dejó caer en una silla de brazos como extenuada

por la fatiga. El conde se disculpó en voz grave, y los dos jóvenes devolvieron el saludo de un modo frío y tieso; pero nada intimidó á la recién venida, que tenía uno de esos caracteres imperturbables que, por regla general, son hijos de una gran superioridad ó de una necedad supina, y que en ella, por excepción, era un electo natural cuya causa no tenía explicación plausible.

—Pero amiga mía, ¿quiere V. explicarme qué dicen de nosotros en París? preguntó la baronesa.

—Que Mauricio está muy enfermo, y aun en peligro de muerte. Ayer daban por seguro que no llegaría al término del día; así es que me he apresurado á venir para ofrecer á ustedes los consuelos de una amistad sincera. Por fortuna su tranquilidad de V. me tranquiliza. Pero ¿qué enfermedad es esa, Virgen santa?

La mueca sentimental con que la de Neuilly acompañó esta exclamación pugnaba de tal suerte con la expresión de su rostro, que los dos jóvenes se sonrieron involuntariamente, y el par de Francia, no obstante su gravedad, no pudo reprimir un gesto de impaciencia. Además, un recuerdo daba á esta pantomima un carácter todavía más cómico: León, Fabián y el conde sabían que la de Neuilly en otro tiempo se había enamorado rabiosamente de Mauricio y tentádolo todo para casar con él. A consecuencia de este fiasco la señorita de Morcerf, —que así se apellidaba de soltera la de Neuilly, —se había decidido á tomar por marido á un viejo sexagenario á quien la gente suponía muy rico, y al cual ésta consiguió acortar la vida á fuerza de cuidados. Por desgracia, como si la pobre mujer debiese sufrir todas las contrariedades, se encontró con que la herencia del difunto, con la que esperaba redondear su fortuna, se componía de un fundo que pasaba á un sobrino y de rentas vitalicias.

—¿Diga V., continuó la barrosa, realmente es una fiebre cerebral lo que tiene Mauricio? En este caso el médico de ustedes es un asno si no la ha dominado al punto. ¿Cómo se llama el médico ese? Ya saben ustedes que entiendo algo de medicina; yo soy quien por espacio de dos años cuidé de mi esposo el señor de Neuilly,

que creía padecer todas las enfermedades, por haber colocado, como ustedes saben, parte de su fortuna en rentas vitalicias. ¡Ah! no me movió el interés á efectuar semejante casamiento, sino el deseo de ostentar un apellido ilustre. A ustedes les consta, señores, que mi esposo pertenecía á la casa de los antiguos Neuilly, de los señores de Neuilly que estuvieron en las cruzadas. Además, me dominaba esa necesidad de abnegarme que experimenta el corazón de la mujer y hace que siempre nos sacrifiquemos por alguien ó por algo, por un hombre ó por una idea.—Ea, querida prima, continuó la de Neuilly, vamos á visitar á Mauricio, y en cuanto le vea le digo á V. qué mal padece el pobre.

—Está V. sumamente bondadosa, querida Cornelia, contestó la baronesa, y lá agradezco en el alma el interés que se toma por mi hijo, es decir, por lo que me es más caro en el mundo; pero nuestro pobre enfermo está dormitando en este momento y el médico nos ha despedido á todos.

—Si duerme buena señal, dijo Cornelia; en las enfermedades inflamatorias el sueño es síntoma de convalecencia. Que me alegro de veras; esta noche voy á comunicar tan buena nueva en casa de la marquesa de Montfort. Ya saben ustedes, ó no lo saben, que hoy es el día señalado para firmar el contrato de bodas entre su nieto Tristán y la señorita Enriqueta Figeres, esa muchacha tan rica que pasa por llegada de las colonias cuando de donde viene es de Inglaterra, en la que su madre ha amasado una fortuna colosal, no se sabe bien cómo, ó más bien se sabe demasiado. Es un verdadero escándalo; ¡un Montfort casar con la hija de una bailarina, ó lo mismo que si lo fuese! ¡qué vergüenza para todo el barrio de San Germán! Pero ¡qué quieren ustedes! nobleza ha obligado por espacio de tanto tiempo, que ya no obliga. Ya veremos adónde nos conducen todos esos baturrillos de dinero: á una nueva revolución. ¡Pobre Francia! Por lo demás, tal era lo que opinaba mi difunto esposo, y el temor á esto lo que le indujo á colocar toda su fortuna en vitalicio.

Y la de Neuilly terminó la frase dando un ahogado

suspiro, amargado por el recuerdo que le acudiera á la mente.

No era ya posible evitar aquella visita inquisitorial; no cabía sino sufrirla. La baronesa y el conde cruzaron, en consecuencia, una mirada y se resignaron á arrostrar todos los inconvenientes que podían originarse de la presencia de la supuesta señora Ducoudray, obligados como iban á verse á hacer sentar á la misma mesa aquellas dos mujeres de carácter y de condición tan antitéticos; pero el conde, á quien no abandonaban los celos, se desesperaba interiormente al ver que se oponía un nuevo obstáculo á las explicaciones que quería tener con Fernanda. Por lo que se refería á la baronesa, allá, en su imaginación, arbitraba un medio de salir de apuros y de obviar el efecto que de un instante al otro iba á producir la aparición de la cortesana. La de Neuilly, pues, no tuvo que esforzarse para descubrir cierto encogimiento debajo de la sonrisa de bienvenida que Montgiroux la dirigiera, encogimiento que la afianzó en su intento de quedarse en la quinta.

En efecto, para la señora de Barthele sobre todo, la situación era apurada por demás. ¿Había que poner al corriente á la de Neuilly, ó engañarla fingiendo no conocer realmente á la mujer á quien los amigos de Mauricio condujeran á Fontenay y descargando de esta suerte todo el peso de la fechoría sobre los dos jóvenes? Si la baronesa hablaba, la mogigata visitadora iba á poner el grito en el cielo; pero si guardaba silencio ¿no podía ésta descubrir el secreto fatal? Ella, tan callejera, tan traviesa, tan curiosa, tan al cabo de todas las intrigas, de cuanto hay que saber y de todo lo que debe ignorarse, ¿no podía haberse encontrado con Fernanda en el teatro, en el Bosque, en las carreras de caballos, en cualquiera parte, en fin, y haber preguntado quién era ésta, y, por consiguiente, conocerla de vista, y conocerla en casa de la señora de Barthele? De suceder así, el día mismo todo París iba á saberlo.

Todavía la baronesa no había hallado modo de conciliar los escrúpulos de la mujer aristócrata con la necesidad que sentía de la mujer perdida, cuando en-

tró Clotilde, quien se dirigió á su madre, diciendo: —Señora, el almuerzo está servido; acabo de mandar recado á la señora Ducoudray.

En este instante la esposa de Mauricio advirtió la presencia de la de Neuilly y se calló repentinamente... Acababa de comprenderlo todo.

Hubo una pausa de silencio.

Fácil es adivinar hasta qué grado sintió Cornelia despertada su curiosidad al oír tal anuncio, y más yendo acompañado de semejante reticencia. Primeramente fijó, uno en pos de otro, en los actores mudos de aquella penosa escena, una de esas miradas profundamente investigadoras que le eran naturales, y luego, sin dirigir siquiera una de esas hipócritas protestas de amistad con que las mujeres acostumbran saludarse, exclamó:

—¡La señora Ducoudray! ¿quién es esa señora, baronesa? Al llegar ya he notado una calesa muy elegante con dos tordillos rucios. ¿Pertenece acaso á la señora Ducoudray el coche ese? Al principio he imaginado si era el de uno de estos caballeros, aunque luego he supuesto que de ser así ostentaría iniciales ó escudo en la portezuela. ¡Ducoudray! ¡Ducoudray! es singular, no conozco semejante apellido; sin embargo, si el coche que he visto en el patio es suyo, esa señora gasta gran boato.

Luego, acudiéndosele que semejantes preguntas no estaban muy en su lugar antes de haber saludado á Clotilde, se volvió hacia ésta, diciendo:

—Buenos días, Clotilde; vengo para ver á nuestro pobre Mauricio. ¿Por ventura le estará velando la señora Ducoudray?

Pronunció Cornelia con tal volubilidad estas palabras, que el conde, ni la de Barthele, ni Clotilde, ni los dos jóvenes pudieron hacer objeción alguna. Clotilde fué, pues, quien, como última á quien aquella interrogara, respondió primeramente.

—No, señora, dijo la joven; la señora Ducoudray no se encuentra al lado de Mauricio, sino en las habitaciones que se le han destinado.

—¡Qué se le han destinado! exclamó de nuevo la de Neuilly; ¿así, pues, come aquí esa señora Ducoudray? ¿o bien ha alquilado parte de la quinta? Como quiera que sea, espero me la presenten ustedes; desde el momento que la tratan como amiga, quiero conocerla, se entiende, si es noble... que lo será, ya que V., mi querida prima, no admitiría en su casa á quien no debiese.

—Señora, se apresuró á decir Fabián, que comprendía el apuro de la baronesa y el martirio de Clotilde, mi amigo León y yo hemos conducido aquí á la señora Ducoudray en pro de la salud de Mauricio.

—¿En pro de la salud de Mauricio? repuso Cornelia, mientras Fabián tranquilizaba con una mirada á la baronesa y á Clotilde, inquietas por el sesgo que tomaba la conversación, ¿acaso la señora Ducoudray es esposa de algún homeópata? Dicen que las mujeres de estos señores ejercen la medicina de mancomún con sus maridos.

—No, señora, respondió Fabián; la señora Ducoudray es sencillamente sonámbula.

—¿De veras? dijo Cornelia entusiasmada. ¡Qué dicha! siempre he experimentado grandes deseos de ponerme en comunicación con una sonámbula. Mi marido, que conoció mucho al famoso Puysegur, ejercía algo el magnetismo, y afirmaba que yo tenía gran cantidad de fluido. Pero, dígame V., es preciso que esa sonámbula esté muy á la moda para poseer caballos y coches como los que he visto: ¿es por ventura la famosa señorita Pigearre, que se haya casado?... Mire V. lo que hace, baronesa: en las enfermedades inflamatorias los nervios desempeñan un gran papel y el magnetismo los excita por modo indecible. Le recomiendo pues, querida prima, para su propia seguridad de V. más todavía que para satisfacción de mi curiosidad, que se encuentre al lado de Mauricio cuando se proceda á la operación.

Estupefactos por el modo inopinado con que una nueva mentira venía, con visos de verdad, á complicar la situación, los personajes de aquella escena permanecían mudos y se miraban unos á otros, cuando Fabián, que sacaba partido de todo, dijo, dirigiéndose á Clotilde:

—Señora, ¿halla V. inconveniente en conducirme á presencia de la sonámbula? Esta es excesivamente susceptible, como todas las personas nerviosas, y temo que si anticipadamente no se la previene de la honra que le prepara la señora de Neuilly, no va á recibirla como sería del caso.

La baronesa, que comprendió el proyecto del joven, respiró cual si le hubiesen quitado un gran peso de encima.

—Si, Clotilde, dijo la madre de Mauricio, dé V. el brazo al señor de Rieulle y condúzcale á la habitación de nuestra amable huésped, á quien espero decida á almorzar con nosotros aunque haya un convidado más. Vaya V., Clotilde, vaya V.

La joven dió, temblando, el brazo á Fabián; pero en el instante mismo en que los dos se encaminaban hacia la puerta del salón, abrióse ésta y apareció Fernanda.

Cornelia, al ver á la antigua amante de Mauricio, dió una gran voz de admiración, voz que resonó en el corazón de todos los asistentes, en quienes despertó ese temor vago que acompaña la primera fase de un acontecimiento nuevo é inesperado.

XII

Al terror causado por el grito de la de Neuilly, sucedió casi instantáneamente la sorpresa más grande; efectivamente, el orgulloso campeón de las tradiciones aristocráticas, con los brazos abiertos y risueño el semblante corría al encuentro de Fernanda, diciendo:

—¡Cómo! ¿eres tú, mi querida amiga? ¿Verdaderamente eres tú á quien vuelvo á encontrar?

Los espectadores, mudos de admiración, no se atrevieron á interrumpir las demostraciones de cariño que prodigaba á Fernanda una de las mujeres más orgullosas del barrio de San Germán, y cada uno de ellos, in-

quieto del encuentro y reconocimiento de las dos mujeres, hubo de resignarse á aguardar una explicación, ya que no osaba pedirla.

Cuanto á Fernanda, como si después de las emociones que acababa de experimentar no tuviese cabida en su alma otra alguna, dejábase besar sin demostrar más impresión que la de una sorpresa agradable, que era cuanto exigían las leyes de la cortesía. Con todo, Fabián, que era el que se encontraba más próximo á ella, creyó notar que palidecía ligeramente.

—¡Qué alegría siento, continuó la noble viuda, al verte de nuevo tras cinco años de separación, más joven aun y más hermosa, si cabe, que el día en que nos separamos! ¿Qué ha sido de ti, amiga mía? Yo he estado casada y ahora me tienes viuda. Mi esposo era el señor de Neuilly, un anciano; pero no me uní á él por especulación, á Dios gracias, como lo demuestra el que tenía colocada toda su fortuna en vitalicio. Buena como soy, y eso tú lo sabes, vi ocasión de abnegarme y la reclamé. Por lo demás, era noble de pura raza, y, como hace poco lo estaba diciendo, un verdadero Neuilly, como puede demostrarse; era gotoso y avaro, lo admito, pero ostentaba treinta y dos cuarteles en su escudo y era un Harcourt para las mujeres.

Mientras iba enumerando las ventajas y las desventajas de su posición, la gazmoña examinaba con afán y con mirada más llena de envidia que no de curiosidad, la graciosa hermosura, el porte distinguido y la elegancia de su antigua amiga; luego, dirigiéndose á la baronesa, continuó:

—¡Ahl mi querida prima, no atino á expresar la alegría que experimento al ver hoy á una de mis más queridas compañeras de San Dionisio.

—¿De San Dionisio? repitieron con sorpresa los circunstantes.

—Sí, y por lo que veo ustedes lo ignoraban, prósi-guió la de Neuilly; pues sepan ustedes que Fernanda y yo nos hemos educado juntas, en las mismas clases, y que nunca nos separábamos. Es la hija de un valiente general muerto en el campo de batalla, á los ojos de

monseñor el duque de Angulema, quien le prometió velar por su hija única. En el colegio nos sabíamos todas esta historia que al parecer ignoran ustedes. Permítanme, pues, que les presente á la señorita de...

—Deténgase V., señora, exclamó Fernanda. Por Dios, no pronuncie V. el nombre de mi padre.

Era tan deprecatorio el acento de las palabras salidas del corazón de la joven, que la de Neuilly se calló.

Fernanda, como se ha visto, hasta entonces había guardado silencio. Su actitud revelaba más conformidad que turbación, más vergüenza que temor; había bajado los ojos para esquivar las miradas de los demás, y su dignidad natural parecía aumentar á medida que aquel encuentro singular iba encaminándose á la revelación de un secreto que redundaba en su prestigio; pero en el instante en que el nombre de su padre iba á ser divulgado, por medio de gesto tan rápido como el pensamiento, de un grito casi involuntario, y de un movimiento de profundo espanto, detuvo este nombre en los labios de la de Neuilly, quien, ante la súplica de Fernanda, efectivamente se detuvo.

—¿Por qué no quiere V. que lo pronuncie, mi querida amiga? dijo la viuda. ¿Qué causa la obliga á conservar el incógnito como una reina que está viajando? Su apellido de V. es por demás ilustre, tanto, que referente á él podría yo decir con aquel rey de Macedonia: Si no me llamase Alejandro, quisiera llamarme...

—Señora, repuso Fernanda, por favor se lo ruego otra vez y aun se lo suplico, guarde V. silencio sobre el particular; usted no puede saber qué poderosos motivos me hacen desear quede desconocido mi apellido paterno.

—Tiene V. razón, contestó Cornelia; no me es posible adivinar un capricho semejante, y nunca me explicaré por qué la hija del marqués de Mormant...

Fernanda lanzó un grito de dolor profundo. Por su semblante pasó la vergüenza como el reflejo de ardorosa llama; luego palideció, algunas lágrimas le humedecieron los párpados y le rodaron por las mejillas, oprimiéndose el pecho á impulsos de amargos sollozos que se di-

solvieron en ahogados gemidos, y por último y con ese dolor del alma más poderoso que las leyes sociales, humilló la frente, abrió los brazos como para indicar que ante la imposibilidad de su deseo se resignaba, y respondió:

—Me ha causado V. mucho daño, señora. Mi voluntad era que no hubiese sido divulgado el apellido de mi padre.

—Entonces requería que me hubieses manifestado el porqué de tu deseo.

—¡Ah! señora, contestó Fernanda en un exceso de profunda melancolía, no nos encontramos ya en los días de nuestra infancia, ni en aquella casa de paz y de amistad en donde tan dichosa fué la pobre huérfana.

—¡Ya lo creo si eras dichosa! en inteligencia, halago y hermosura no había quien te igualase.

—¡Funestas ventajas! repuso Fernanda levantando la cabeza y fijando una mirada severa y triste en los tres hombres que, dominados por la más indecible admiración, asistían silenciosos á tan singular escena.

—También te pronosticamos un buen casamiento, continuó Cornelia, y veo que nuestra predicción se ha cumplido. Al entrar he visto en el patio un coche muy elegante, que debe de ser el tuyo, con un tronco de caballos soberbios. Ea, que semejante tren revela una casa poderosa. ¿Conque está rico ese señor Duponderay ó Dufonderay?... ¿Cómo le llamas á tu marido?

—Ducoudray, respondió Fernanda con tristeza y como mujer que se resigna á mentir.

—¡Ducoudray! repitió la de Neuilly. Supongo que su fortuna no estará vinculada ni la tendrá empleada en rentas vitalicias; ¡digo! No puedes imaginarte cuán horroroso es esto, mi querida amiga, sobre todo cuando una se ha acostumbrado al lujo; á lo mejor sobreviene un cataclismo, y adiós palacio, adiós coche, adiós caballos. Pero lo que no comprendo lo más mínimo, y dispénsame la insistencia, es que una mujer no se engalane con el apellido paterno cuando éste es ilustre; para ello es preciso que existan razones. ¡Ah! ya caigo, te has casa lo por dinero. Ea, otra víctima; tu marido es hom-

bre que se ha enriquecido, un banquero. ¡Infeliz! ahora lo comprendo todo.

La viuda, al ver en la expresión de los rostros que todavía no había dado en el clavo, continuó:

—No, no es eso. ¡Ah! ahora adivino; debe su fortuna al sonambulismo. El señor Ducoudray es como Puysegur, un magnetizador. Pues mira, yo prefiero el magnetismo á la banca. ¿Y te obliga á que le auxilies en su charlatanismo? Verdaderamente los hombres son unos infames. ¿Te hace leer con los ojos vendados como la señorita Pigeaire? ¿te hace mirar la hora en los relojes de los demás? ¡En qué tiempo vivimos, Señor! Mi marido había colocado toda su fortuna en rentas vitalicias, es cierto, pero no hubiera obligado á la señorita de Pomereuse, de antigua casa noble, á convertirse en sonámbula, á ver qué pasa en el interior del cuerpo humano, á curar enfermos; es una indignidad, y ahí hay causa sobrada para entablar demanda de divorcio. Es menester intentarlo, amiguita. Aquí donde me ves, en asunto de pleitos me las apuesto con el más pintado; por espacio de tres años he sostenido uno con los herederos de mi marido. Yo te ayudaré con mis consejos y te apoyaré con mi valimiento, y luego, cuando hayamos enviado al señor Ducoudray á que magnetice solo, te rehabilitaré ante la sociedad, presentándote como la hija del marqués de Mormant; nada temas, al amparo de mi protección todas las puertas se abrirán de nuevo ante ti. ¿Digo bien, señor de Montgiroux? ¿no es verdad, señor de Rieulle? ¿no es cierto, señor?... Pero ¿qué tienen todos ustedes? ¿qué significan esos rostros consternados? ¿Todavía hay más?

En efecto, cualquiera comprenderá la inquietud que dominaba á los miembros todos del conciliábulo ante aquel flujo de palabras. Fernanda, al principio estupefacta al encontrarse en nueva posición que le atribuyera su antigua amiga, dirigió los ojos á la señora de Barthele, y, al ver á ésta con las manos juntas y en actitud de súplica, comprendió que se había echado mano de algún subterfugio para legitimar en presencia de la de Neuilly su introducción en la familia. Entonces la joven

se compadeció de la doblez á que la gente linajuda se ve obligada á humillarse en ocasiones, ahogó un suspiro, y afirmando su ánimo, próximo á abandonarla, con el recuerdo de Mauricio, dijo:

—La gente ignoraba el apellido de mi padre, y era deber mío conservar el secreto que V. ha divulgado; sin embargo, no la guardo rencor alguno, señora, al contrario, le perdono el mal que me ha causado, en obsequio á la satisfacción que experimento al verla de nuevo.

—¡Ah! repuso la de Neuilly mortificada por la contestación de Fernanda, no son esta fría acogida y esta desdeñosa reserva lo que me cabía derecho á esperar de una amistad de diez años.

—Señora, dijo Fernanda con voz humilde y suave, en mi conducta no hay frialdad ni desdén, créalo V., y la señora de Barthele aquí presente, en quien espero fiará respecto de su conocimiento del trato social, le dirá que no puedo ni debo conducirme con V. de modo distinto que lo hago.

—Lo que yo digo, Fernanda, exclamó la baronesa, llevada de la gratitud que la inspirara la conducta digna y ahn-gada de la joven, es que V. es una de las más nobles y más hechiceras criaturas que haya visto en mi vida.

—En este caso, repuso Cornelia, ¿por qué, al igual que yo, no decirme desde luego: «Esto soy, esto he hecho?»

En este instante, afortunadamente para Fernanda, que atacada directamente y acorralada no sabía ya qué responder, resonó la campana del almuerzo; circunstancia de la que se aprovechó solicita la baronesa para cortar la conversación, diciendo:

—¿Han oído ustedes, señoras? nos llaman para almorzar; dejen ustedes la conferencia para más tarde, que tiempo les quedará para ella durante el día.

En esto entró un lacayo y anunció que el almuerzo estaba servido.

—Señor de Vaux, dijo entonces la baronesa, dé V. el brazo á la señora Ducoudray; señor de Montgiroux, ofrézcaselo V. á la señora de Neuilly.

En cuanto á Fabián, se había apoderado del de Clotilde.

De esta suerte se trasladaron todos al comedor.

Como había cuatro mujeres y tres hombres y dos de aquéllas debían colocarse una al lado de la otra, la baronesa hizo sentar a Fernanda á su derecha. Los demás comensales se colocaron por el orden siguiente: el conde á la izquierda de la señora de Barthele; León de Vaux, á la derecha de Fernanda; frente á la señora de Barthele la de Neuilly; á la derecha de ésta, Fabián de Riculle, y por fin Clotilde, que se encontró entre Fabián y el conde.

El secreto del nacimiento de Fernanda, que gracias á una indiscreción de Cornelia se había hecho patente, preocupaba grandemente á los circunstantes y en particular á la baronesa, la cual no cesaba de felicitarse interiormente por su penetración, que casi desde el primer instante le hiciera descubrir en la joven todas las costumbres de una mujer aristócrata. Así, pues, púsose á hacerle los honores de la mesa con civilidad calculada, civilidad que debía engañar á la de Neuilly, para la baronesa asunto importante.

—¡Ah! decía para sus adentros la señora de Barthele, pertenece á familia noble. ¡Ya decía yo! era imposible que no fuese así, é indudablemente mi hijo no ignoraba tal circunstancia al aficionarse á ella como lo ha hecho; todo saldría perfectamente si Cornelia no se encontrase aquí. Envidiosa y perversa, á esa mujer la inspira un genio funesto que la impele á todas partes donde quisieran no verla.

Como habrá adivinado el lector, el secreto divulgado por la de Neuilly no había causado menos impresión en el conde que en la baronesa: á aquél, desde hacía dos horas Fernanda le aparecía bajo una faz tan nueva, que veía surgir en ella mil sobresalientes cualidades para él ocultas hasta entonces. A sus ojos quedó demostrado que León de Vaux suspiraba en vano; empezó á creer que Fabián no había tenido nunca derecho sobre ella, y por último, el dolor de Mauricio le hizo dudar de que éste hubiese en su vida sido su amante; que nuestro or-

gullo nos da siempre á entender que nosotros merecemos más favores que los demás. A consecuencia de esta suave caricia de su amor propio, de este seductivo halago de su vanidad, en el espíritu de Montgiroux se inició una idea vaga é indecisa, una idea descabellada, á la cual y á pesar suyo volvía sin cesar, la de unirse á su hermosa querida con lazos más sagrados. Respecto del particular y por si se le antojase invocarlos, existían muchos antecedentes para hacer excusar su determinación, aun en la cámara alta. Semejantes ideas tenían algo de atractivo para la fatigada imaginación del par de Francia, quien, en su fuero interno, se sentía rejuvenecer; y es que, como la lámpara próxima á extinguirse, el conde estaba pronto á arrojar la última llamarada, á despedir el último resplandor.

Por su parte León, lejos de renunciar desde entonces á sus esperanzas respecto de Fernanda, no había hecho sino concebir un deseo más vehemente de alcanzar el fin que perseguía hacia tres meses; en efecto, á sus deseos acababa de juntarse un como afecto: el misterio de que la joven se rodeara ante todos, le demostraba que ésta quería que no sufriese el buen nombre de su familia, y este pudor, que un corazón digno hubiera respetado, se convertía para él en arma para triunfar de su resistencia aterrizándola, si por medios más nobles no lograba su propósito.

Respecto á Fabián, en apariencia entregado en cuerpo y alma á su amor por Clotilde, parecía indiferente á todo cuanto no se relacionaba directamente con ésta, mientras por su parte la joven, sin darse cuenta de la sensación que experimentaba, hallaba una complacencia vaga en escuchar á Fabián. Desaparecido ya el temor por la vida de Mauricio, el corazón de Clotilde se abría á la esperanza ó á un sentimiento que la alucinaba; suaves emociones á las que respondían, y tal vez las provocaban, la voz, las miradas y las atenciones de Rieuille.

La de Neuilly, bajo el influjo de los celos secretos que experimentaba siempre hacia quien quiera que la postergaba, fuese en hermosura, fortuna ó donaire, es decir, hacia la mayoría, se devanaba los sesos para expli-

carse qué interés podía mover á su antigua compañera á ocultar su apellido paterno, y porqué demostrara tan profundo dolor al revelarlo ella; Cornelia no concebía claramente como una mujer que ostentaba el boato y el lujo de una gran fortuna, que parecía ocupar una posición distinguida en la sociedad, y además sobresalía por modo tan notable por su hermosura y su talento, se encontraba en aquella casa sin ser conocida, ó á lo menos en concepto de sonámbula, cuidando de un enfermo joven, entre la madre y la esposa de éste: le parecía que debajo de todo aquello se encubría un secreto, un enredo, y resolvió quedarse en la quinta hasta haber penetrado el misterio.

Sólo una gran fortaleza de ánimo podía sostener á Fernanda en la situación en que estaba colocada; pero venciendo sucesivamente las emociones que experimentara desde la mañana, había conseguido tal dominio sobre sí misma, que su mirada, ni su actitud, ni el acento de su voz delataban su turbación interna. Herida en lo más íntimo de su orgullo por el descubrimiento de la elevada posición que perdiera, pero sostenida por un sentimiento más elevado que el egoísmo, la joven ahogaba sus impresiones, y en cierto modo concluía por experimentar la tranquilidad y la indiferencia que fingía. Libre de esta suerte de sus afectos personales, sacrificados por entero á los demás, cernía su mirada profunda é investigadora sobre los que la rodeaban, y de vez en cuando penetraba hasta lo más recóndito de los corazones que tenía interés en conocer. Así es que nada le pasaba inadvertido: ni la destreza de Fabián, ni el incipiente amor de Clotilde, ni las nuevas sensaciones de León, ni la inveterada envidia de la de Neuilly, ni la lucha moral del conde, ni la dicha maternal de la señora de Barthele; no sólo, pues, aguardaba con serenidad los sucesos, si que también se encontraba en posición muy superior á la de los demás; y es que tan buen punto hiciera el sacrificio de su personalidad, se había abnegado.

En medio de tan diversas preocupaciones, era difícil que se iniciase una conversación general, por más que

individualmente sintiesen todos la necesidad de ella para disimular las sensaciones que les dominaban; sin embargo, después de algunos instantes de silencio y de encogimiento, los que más interesados estaban en entablar apartes en voz baja, se asieron de las primeras palabras que se profririeron, y con indolencia más ó menos bien fingida empujaron la conversación hacia esas generalidades en las cuales todo el mundo puede tomar parte.

Por lo demás, Cornelia fué quien abrió las válvulas de la imaginación, señalando á ésta el punto de partida.

—Supongo, mi querida Fernanda, dijo la de Neuilly, que tus sesiones magnéticas no te absorben de tal modo el tiempo, que no te le deje para dedicarte á la pintura: me acuerdo de que en San Dionisio tenías tan admirables disposiciones para ella, que nuestra maestra de dibujo siempre decía que hubiera querido verte empobrecida para que te vieses obligada á hacerte artista.

—¡Cómo! exclamó la baronesa, ¿la señora pinta?

—¡Que sí pinta! dijo León, es una artista consumada.

—¿De veras? repuso Clotilde para decir algo.

—Si la señora, continuó de Vaux, expusiera, produciría un motín en el *Salón*.

—¿Es cierto lo que dice el caballero? preguntó Cornelia; ¿en realidad eres una nueva madama Le Brun?

—Si la señora Le Brun viese lo que yo pinto, respondió Fernanda sonriendo, estoy segura de que lo menospreciaría grandemente.

—¿Por qué? preguntó la baronesa, yo he conocido á la señora Le Brun, y era mujer de gran talento.

—Pues precisamente por eso estaríamos en desacuerdo, señora baronesa, respondió Fernanda; con razón ó sin ella detesto el talento en el arte.

—¿Y qué busca V. en él, señora? preguntó Montgioux.

—El sentimiento, señor conde, nada más, respondió Fernanda.

—¿Qué maestro tiene V.? preguntó la baronesa.

—Por lo que respecta á la forma, la naturaleza; por lo que se refiere á la expresión, mi propio pensamiento.

—Esto quiere decir que la señora pertenece á la es-

cuela romántica, dijo Fabián con sonrisa ligeramente burlona.

—No sé bien qué se entiende por escuelas clásica y romántica, caballero, repuso la joven; pero si lo poco que yo valgo mereciese clasificarse entre los adeptos de alguna escuela, diría que pertenezco á la idealista.

—¿Qué escuela es esa? preguntó la de Neuilly.

—La de los pintores que precedieron á Rafael.

—¡Válgame Dios! ¿qué estás diciendo, Fernanda? ¿Acaso antes de Rafael había pintores?

—¿Ha viajado V. por Italia, señora? preguntó Fernanda.

—No, respondió Cornelia; pero Clotilde ha pasado un año en ella con su marido, y como es también inteligente en pintura, podrá responder á V. sobre el particular.

—Veremos si se atreverá á dirigir á V. la palabra, dijo Fabián en voz baja á Clotilde.

Pero en vez de volverse hacia la mujer de Mauricio, como parecía exigirlo la interpelación de la de Neuilly, Fernanda bajó los ojos y permaneció silenciosa.

La señora de Barthele, que conoció que la conversación iba á caer, y no conviniéndole que tal sucediese, ensayó eslabonarla á una respuesta de Clotilde, por lo que, volviéndose hacia ésta, la preguntó:

—¿Ha oído V. lo que ha dicho la señora Ducoudray, hija mía? ¿Conoce V. la escuela de que habla esta señora?

—Es la de los pintores cristianos, respondió tímidamente Clotilde; la de Giotto, de Juan de Fiesole, de Beozzo Gozzoli y del Perugino.

—Precisamente, dijo Fernanda entusiasmada á pesar suyo por el placer de haber encontrado una hermana de opinión.

—¡Virgen Santa! exclamó la de Neuilly, excepto el Perugino, á quien conozco porque fué el maestro de Rafael, nunca había oído hablar de semejante gente.

—El Génesis dice que la tierra estaba habitada por ángeles antes de que la poblasen los hombres, repuso Fernanda. Usted también habrá oído hablar poco de di-

chos ángeles, ¿no es eso, señora? Pues bien, lo mismo acontece con los que he nombrado y que parecen mensajeros divinos enviados por el cielo á la tierra, para mostrar el origen del arte y enseñarnos de qué altura puede descender.

Montgiroux miraba á Fernanda con admiración; y es que como ésta nunca se dignara ser para él sino una cortesana, ahora que se le revelaba al través de un prisma desconocido, veía en ella una artista inspirada.

—En verdad te lo digo, mi querida amiga, repuso la de Neuilly, esto va siendo demasiado sublime para mí. Ya iré á verte y me mostrarás tus cuadros.

—Le recomiendo á V., querida prima, que cuando vaya le pida que cante el aria *Ombra adorata de Romeo y Julieta*, que hace poco ha cantado á Mauricio, y ya me dirá si la Malibrán ó la Pasta le han causado nunca mayor placer.

—¡Caramba! repuso Cornelia, di que desde que nos separamos te has convertido en una verdadera maravilla.

—He sufrido mucho, dijo Fernanda sonriendo con tristeza.

—¿Y qué tiene que ver esto con la pintura y la música?

—¡Oh! dijo Clotilde, yo lo comprendo.

Fernanda dirigió á la joven una mirada de humilde gratitud.

—¿Entonces en música como en pintura tienes escuela? preguntó Cornelia.

—Por poco artistas que seamos, respondió Fernanda, es imposible que no sintamos preferencias y antipatías.

—Lo que significa...

—Que opino lo mismo en música que en pintura, que á la música de ejecución prefiero la de sentimiento, la que encierra una idea á la que no contiene sino sonidos. Esto, á mi juicio, no impide que seamos justos para con los grandes maestros. Admiro á Rossini y á Meyerbeer, y Weber y Bellini me gustan; ahí explicado por entero mi sistema.

—¿Qué le parece á V. semejante teoría, señor conde, usted que es melómano? preguntó León de Vaux.

—¡Melómano el conde exclamó la baronesa. ¡Bah! si detesta la música.

—Pues yo creía que tenía palco en la Ópera, repuso León.

—¡Lo tenía, dijo con viveza Montgiroux, ó más bien, lo tenía un día á la semana; pero lo cedí.

—Usted dispense, pero se me figuró haberle visto á usted el viernes pasado, si bien en lo más recóndito del palco.

—Se equivocó V., caballero, contestó precipitadamente el conde.

—Puede, dijo León; entonces es algún caballero que se le parece á V. mucho.

—Ea, mi querida Fernanda, repuso Cornelia, ahora sólo falta que nos des á conocer tus opiniones literarias para habernos dado un curso completo de arte.

—Esto es hacerme evidente, dijo Fernanda sonriendo, que he tomado una parte excesiva en la conversación, sin embargo de haberme concretado á responder á las preguntas que se me han dirigido.

—¿Y quien le dice á V. semejante, mi querida señora Ducoudray? exclamó la baronesa; antes al contrario, tenemos que darle un millón de gracias por lo adorable que ha estado V.

—Espero, Fernanda, dijo en voz sumamente queda León de Vaux, acercando por la centésima vez su rodilla á la siempre esquiva rodilla de la joven; espero que no me guardará V. ojeriza por haberla conducido aquí; me parece que el modo como la acogen á V... bien que está usted hechicera.

—Usted olvida en quien me ha convertido. Soy la señora Ducoudray, una sonámbula, la asociada de algún Cagliostro, la cómplice de algún conde de San Germán. Es menester, pues, que ensaye justificar el buen concepto que, por recomendación de V., han debido concebir de mí.

—¡Ah! mi querido señor de Vaux, dijo la baronesa, ¡vea V. lo que hace, pues de continuar queriendo para usted solo á la señora Ducoudray vamos á levantarle á usted un cisco.

—Tiene V. razón, señora, repuso Fabián: ese León es el egoísmo personificado. ¿No es cierto, señor conde?

—La verdad es, respondió atropelladamente el par de Francia, que la señora iba á hacernos sabedores de su opinión.

—¿Sobre qué? preguntó Fernanda.

—Sobre la literatura.

—¡Oh! señor conde, dispéñeme V.; en literatura soy muy extravagante. Mi admiración se limita á cinco hombres; á bien que estos son semi dioses. Si con el tiempo llego á retirarme del mundo, lo que puede muy bien suceder de la noche á la mañana, no me llevaré conmigo sino esos cinco grandes poetas.

—¿Y cuáles son? preguntó la baronesa.

—Moisés, Homero, San Agustín, Dante y Shakspeare.

—¿Qué está V. diciendo, mi querida Fernanda? exclamó la de Neuilly. ¿Cómo es posible que V. admire á Shakspeare, un bárbaro?

—Ese bárbaro, como V. dice, es quien después de Dios más ha creado, replicó la joven.

—¿Querrá V. creer, mi querida señora Ducoudray, dijo la de Barthele, que nunca me ha pasado por las mientes leer á Shakspeare?

—Es una ingratitud, señora. Nosotras, las mujeres, sobre todo, deberíamos profesar un culto hacia él, que ha creado los más admirables tipos de nuestro sexo. Julieta, Cordelia, Ofelia, Miranda y Desdémona, son ángeles á los cuales él arrancó las alas que dios les diera, para convertir las en mujeres.

—Conde, dijo la baronesa, ya que esta noche se va usted á París, me traerá las obras de Shakspeare.

—Con muchísimo gusto lo haría, baronesa, contestó Montgiroux, pero he mudado de consejo.

—¡Cómo!

—Esta noche no me voy á París, por creer que mi presencia aquí es necesaria.

—¿Por qué incomodarse ahora que Mauricio va mejor? repuso la baronesa; recuerde V. que ha prometido á sus compañeros de la cámara, según V. mismo me ha

dicho, celebrar con ellos una importante conferencia.

—Pues faltaré á mi promesa, replicó Montgiroux sonriendo; y cuando mis compañeros sepan la causa que me ha retenido lejos de ellos, van á disculparme.

—¡Ah! caballero, dijo León, que parecía haber tomado á pechos el hostigar incesantemente al pobre par de Francia, ¿por qué privar de sus luces de V. á sus compañeros en una circunstancia en que pueden serles de tanto provecho?

—Es simplemente una reunión preparatoria.

—Los asuntos del Estado son lo primero, señor conde; ¿no digo bien, señora baronesa? ¡Demonios! con las leyes no hay que andarse con bromas.

—Ese mostrenco quiere alejarme, dijo entre sí Montgiroux; bueno es saberlo.

—¡Oh! respecto á lo que V. dice, señor de Vaux, repuso la baronesa, ¿quiere V. que le sea franca? pues estoy convencida de que las leyes se elaboran espontáneamente y de que éstas no serán más buenas ni más malas porque hayan venido al mundo estando ausente el señor de Montgiroux.

En pronunciando estas palabras, y conforme á lo convenido de antemano, la señora de Barthele se levantó para invitar á los demás á que la siguieran para tomar café en el jardín. Todos imitaron su ejemplo, y en medio del movimiento el conde halló medio de acercarse á Fernanda, á quien dijo en voz tan baja que nadie le oyó sino ésta:

—Ya habrá V. comprendido que si me quedo es por usted, y que es absolutamente preciso que la hable.

Fernanda iba á replicar, cuando un grito de alegría proferido por la baronesa la obligó á volverse.

Mauricio, aprovechándose de la ausencia del médico, acababa de aparecer en el umbral del comedor, pálido, vacilante y envuelto en amplia bata, y al conocer á las personas reunidas en dicha pieza, se quedó inmóvil.